



chará para la capital de su archidiócesis del 18 de julio del corriente.
A su eminencia acompañará probablemente el doctor D. José Estéban Sánchez, uno de los médicos que han estado encargados de la asistencia facultativa del venerable prelado.

La carretera de Zaragoza está interrumpida, no pudiendo circular nadie por ella. Algunos viajeros tuvieron que refugiarse en el Hospital, salvándose milagrosamente. No se conocen hasta ahora desgracias personales; pero faltan noticias de los pueblos inmediatos.
Las familias acaudaladas en el lugar del siniestro se han refugiado en la capital. — Cebrera.

do. Asistieron 5000 personas, sin que se produjera ningún incidente grave.
Se pronunciaron varios discursos favorables a la revisión constitucional y a la separación de los poderes, siendo muy aplaudidos.
A la salida de la reunión se produjeron muchas riñas entre los boulangieristas y la multitud que se agolpó a las puertas del circo.
La policía intervino haciendo numerosas prisiones.

El Sr. España escitó el celo de la comisión de personal, para que lo antes posible presente la reforma en la plantilla de empleados de la Diputación.
(Objeto la presidencia el Sr. García Lomas.)
Se entró en el orden del día y se trató de la distribución de fondos para el mes de julio próximo, del período de ampliación y del ejercicio de 1899-90.

Pastor y los de las ratas los Sres. Messejo (José y Emilio) y Julio Ruiz.
Ayer a las once y media próximamente de la mañana se promovió una disputa entre dos mozalvetes en la Cuesta de la Vega.
Después de la cuestión, como acentuadas proporciones, uno de ellos se separó algunos pasos de su contrario y le disparó un tiro con un revolver.

Madrid, 18 (2:30 m.)
Por telegrama. En los salones de la Diputación y bajo la presidencia del gobernador interino Sr. Toro, se celebró anoche una velada musical en honor de Zorrilla, organizada por el Ateneo y la sociedad filarmónica de Santa Cecilia.
Concurrió a la reunión un público tan distinguido como numeroso.
Los inspirados vates Ortega, Morejon, Cano (D. Ricardo) y Ayala, leyeron inspiradas poesías.
D. Rafael de la Resa no asistió por hallarse de luto.
La parte musical estuvo encomendada a los Sres. Santa María, Feliu y Tello y fue tan brillante como la literatura.
Para todos hubo justos y repetidos aplausos. — Quiero.

Barcelona, 18 (2:40 t.)
Interior, 76-43.
Exterior español, 78-31.
Amortizable 4 por 100, 90-12.
Cubas 1886, 106-80.
Colonial, 64-10.
Nortes, 84-57.
Prioridades, 79-14.
Francias, 62-80.
Oranes, 16-50. — Agencia Cabanellas.
Se ha publicado por la academia Paltard-Guillaud, Fomento 4 triplicado, una obra titulada *Vademecum del aspirante a Correos*, indispensable a cuantos se preparan para esta nueva carrera.

Paris, 18
Cámara de los diputados.
Continuando la discusión del presupuesto de la Guerra, el gobierno pide un crédito de 11 millones para los servicios militares en las posesiones de Italia en África.
El Sr. Baccarini apoya una proposición, sosteniendo que el crédito de 3 millones votado anteriormente, era bastante para dichas atenciones.
El presidente del Consejo de ministros, señor Crispi, declara que el gobierno hace este asunto cuestión de gabinete.
Se procede a la votación de la proposición del Sr. Baccarini, y es desechada por 183 votos contra 66.
La Cámara aprueba en seguida por gran mayoría la orden del día y un voto de confianza al gobierno.

Noticias del MINISTERIO DE LA GUERRA:
En la propuesta reglamentaria de ascensos del arma de infantería, figuran ascendidos:
A coroneles: D. Baldomero Ibañez, D. José Osma y D. Cirio Warleta.
A tenientes coroneles: D. Patricio Barrios, D. Blas de Teresa Barcala y D. Francisco Gomez.
A comandantes: D. Agustín Arceña, D. Antonio Ortega, D. Juan Eymar, D. Fernando Latorre y D. Domingo Gomez.
A capitanes: D. Antonio Parra, D. Francisco Martínez, D. Gabino Salinas, D. Francisco Pérez Martell, D. Millán Botas, D. Juan Fernández, D. Wonosia Bonayas, D. José Borcina, D. Matías Benito, D. Manuel Latorre, D. Francisco Vasallo y D. Manuel Souto.
A tenientes: D. Fernando Fernández Gofín Martínez, D. Atanasio Alvarez Rivas, D. Joaquín González Pintado, D. Arturo Pasalodos Moreno, D. Juan Duñas Redondo, D. Salvador Mambona Iglesias, D. José López Crespo, don Pedro Sarragua Junquera, D. Francisco Acosta Eyermann, D. Miguel Coca Margarola, don Francisco Alvarez Ponte, D. Manuel Suarez Valdes Perdomo, D. Emilio Leon Nuñez, don Emilio Ardison Medina, D. Eugenio Marcos Bermejo, D. Vicente Salvador Albalat, D. Antonio Masana, D. Patricio Velasco Montañez, D. Leonardo Piorno Romeo, D. José Royo Lopez, D. Antonio Castañón Coró, D. Darío Badiola Pujol, D. José Diz Gomez Mira, don Antonio Arenas Peña, D. Antonio Espigares Navas, D. Castro Mendoza Perez, D. Ramon Carmona Gallardo, D. Mariano Vallarin Fuentes y D. Federico Cuadrado Pascual.

La SESION DEL SENADO de ayer 18 de junio, se abrió a las tres menos diez, bajo la presidencia del señor marqués de la Habana.
El Sr. TERUEL reprodujo un proyecto de ley relativo a una carretera.
El Sr. CONCHA CASTAÑEDA pidió de nuevo al ministro de la Gobernación varios datos sobre el personal de las Diputaciones provinciales.
El señor marqués de CASTRO-FUERTE presentó una exposición pidiendo que no se supriman las escuelas normales de Cáceres.
Orden del día.
Para la comisión de fomento y conservación de la Biblioteca fueron elegidos los Sres. Parra y conde de Torrealanz por 22 votos y para la junta inspectora de la Deuda pública los señores García Martínez, Angoloti y conde de Villapardierna.
Se aprobó sin debate y se votó definitivamente el dictamen de la comisión mixta sobre construcción del puerto del Musel.
Continuación del debate acerca del proyecto de ley de contabilidad.
Sin discusión se aprobaron los cuatro primeros artículos.
El Sr. OLIVA hizo observaciones al art. 3.º, fijándose principalmente en el sistema que establece respecto a condonación de contribuciones.
Le contestó el Sr. Angoloti y fue aprobado.
Fue admitida una enmienda del Sr. Concha Castañeda al art. 6.º y este fue aprobado.
El Sr. CONCHA CASTAÑEDA apoyó una adición al 7.º sobre competencia de la administración activa.
Le contestó el señor ministro de HACIENDA diciendo que la adición sería una superabundancia innecesaria del artículo que está en perfecta armonía con la ley de lo contencioso-administrativo.
La adición no fue tomada en consideración y el artículo quedó aprobado sin debate, así como los siguientes hasta el 18 inclusive.
Fue desechada una enmienda del Sr. Faje al artículo 14. Dicho señor senador se hallaba ausente de la Cámara.
Se aprobaron sin discusión los artículos 14 y siguientes hasta el 27 inclusive, desechándose varias enmiendas del mismo Sr. Faje.
A propuesta del Sr. Hernandez Iglesias, acordó la Cámara aplazar hasta mañana la discusión de los artículos 28 y 29, a los cuales ha presentado enmiendas el general Antequera, que no se hallaba en el salón.

Hecho esto, empezó a sajar rápidamente para llegar al hueso.
—¡Dios mío! —repitió el pobre viejo con voz más débil.
—¡Padre mío! ¡querido padre! —contestó Tomás con indecible emoción.
Siguió un momento de silencio y después se dejó oír un ruido extraño.
La sierra empezaba a moverse. Coñezaba el verdadero tormento.
Gruesas gotas de sudor frío salpicaban la frente del señor Bilain, y sus contrainas facciones revelaban toda la extensión de su martirio, pero guardaba silencio.
Fijos los ojos en los de Tomás, parecía como si en ellos tomara toda su fortaleza, y su nudo respondía a la presión cariñosa de la de su hijo.
La sierra seguía rechinando.
De pronto la mirada del viejo adquirió una singular expresión, de sus lividos labios salió una especie de estertor ahogado, y quedose inmóvil cual si hubiese experimentado la descarga de un rayo.
El doctor Dubois que seguía con atención las impresiones del paciente, observando su fisonomía, hizo un brusco movimiento y Delaguilliere, que acababa de cerrar el hueso, alzó la cabeza para examinar el rostro del anciano.
Iba a hablar el doctor Dubois, cuando un grito terrible salió de los labios de Tomás:
—¡Ah! ¡le habeis matado!
Y poseído de una especie de vértigo, volvióse con aspecto amenazador hacia los tres hombres y pareció vacilar durante un momento, como preguntándose si debía estrangular a aquellos verdugos que, a su juicio, acababan de asesinar a su padre.

sonrisa, y se disponía a seguir rápidamente su camino sin oír más.
—¡Me has oído! —repitió el guarda con imperio, cerrándole el paso.
Entonces Tomás se lanzó de un salto sobre Santiago Bertrand, le agarró por las solapas de la chaqueta y le levantó en alto con violencia.
Tan rápido fue aquel movimiento, apenas adivinado por Santiago, que cuando éste pudo darse cuenta de él, ya había perdido tierra y agitaba sus manos en el aire.
Aterrado de las fuerzas desplegadas por Bilain, el guarda, con la cabeza algo trastornada, le preguntó aparentando chancearse:
—¿Qué diablos tienes? ¿qué te pasa? Espícame...
—¡Tengo, que mi padre acaba de espirar! —le interrumpió Tomás arrojando sobre el camino a Santiago Bertrand, que cayó con un largo era, después de vacilar, jurando como un condenado, en tanto que Bilain emprendía de nuevo su marcha hacia la Estrella, sin volver siquiera la cabeza.
Cuando llegó, sin aliento, a casa de Catalina, había algunos parroquianos en la taberna.
Sin prestarles la menor atención, cruzó rápidamente la sala y entró en el comedor, donde se hallaban las dos mujeres.
Tomás se dejó caer en una silla, y dijo con voz entrecortada:
—¡Pobre Juana mía!
Y cuando la joven y su madre se acercaron a él con cariñosa solicitud, añadió anegado en llanto:
—¡Han matado a mi padre!
Catalina y Juana se quedaron aterradas al escuchar aquellas fatídicas palabras.
—¿Quién, señor Bilain?... preguntó la viuda, que se había puesto pálida de repente.
—¡Los médicos, esos verdugos! —replicó Tomás.— Me hicieron creer que era indispensable amputarle la pierna, unico medio de poder salvarle; consentí, rogué y supliqué al pobre viejo, hasta que dijo que sí; entonces se pusieron a torturarle, cortando en sus carnes, serrando... ¡Oh, aquella sierra...! ¡Aunque viviera cien años no podría olvidar aquel ruido que hacía...! En aquel punto el dolor fue tal, que he muerto como un mártir. ¡Muerto...! ¡sí, muerto! ¡Dios mío! ¡Dios mío!
Los sollozos le ahogaban.
Las dos mujeres respetaron aquella inmensa pena y le dejaron llorar en silencio durante algunos minutos.
Las lágrimas calmaron algun tanto a Tomás que, haciendo un esfuerzo, pudo proseguir:
—Ha muerto con su mano en la mía, sus ojos en mis ojos... en brevísimo tiempo, como un pájaro. Entonces me volví hacia los que acababan de matarle, y bien debieron conocer que mi primer pensamiento fue matarlos también a ellos; pero reflexioné, y sin dejar de maldecirlos, eché a correr... y héme aquí. Pero, ¡quedad con Dios! Habrán dejado al pobre viejo solo... Necesito volverme allá en seguida.

—¡Muy bien, madre! ¡Oh, gracias! —dijo a su vez Juana con tierno agradecimiento, porque la explosión de dolor de Bilain la había traspasado el corazón.
—¡Ah! me olvidaba decirlo —añadió Tomás — que acabo de encontrar a Bertrand.
—¿Dónde? —preguntó en seguida la viuda no sin cierta emoción.
—En el recodo del camino. Se vino hacia mí en ademán de amenaza, el imbécil...
—El Sr. Santiago? —le interrumpió Juana, también algo sobresaltada.
—Prohibiéndome el casarme contigo, querida Juana. ¡Si estará lo ese hombre!
—¿Y qué pasó? —preguntó la muchacha con inquietud.
—Nada, que al ver que me cerraba el paso cuando tanta prisa traía por llegar aquí, le levanté en alto y le arrojé a cinco pasos de mí en medio del camino. Me parece que con la buena lección que le he dado, no le quedará gana de repetir sus amenazas.
—¡Ah! empiezo a creer que ese Bertrand es un hombre muy malo —dijo Catalina moviendo la cabeza.
Y dirigiéndose luego a Tomás:
—Vamos, hijo mío —añadió con un acento tan cariñoso que no pudo menos de estremecer a Bilain y a Juana.
—Mi pobre Tomás —dijo ésta— puedes estar seguro de que estoy tan triste y abatida como tú, porque quiero a tu padre sólo por saber que le amabas tanto y estoy cierta de que me hubiera hecho querer de él a fuerza de respeto y de cariño.
—Eres una excelente y adorable criatura, digna de todos los afectos, Juana mía; te lo digo con toda sinceridad delante de tu madre, que debe saber mejor que yo, conociéndote desde tu infancia, cuánta razón tengo para hablarte en estos términos. Muchas gracias y hasta muy pronto.
Acto continuo, la viuda y Tomás echaron a andar en dirección a la casa del muerto.
Cuando llegaron al sitio del camino desde donde podía divisarse la entrada, y no viendo a la puerta la berlina del cirujano, exclamó Tomás:
—¿Qué os decía yo? Le han abandonado. Aunque a decir verdad, ¿qué les quedaba que hacer allí? Su presencia era completamente inútil, después de haber sido tan funesta.
Y Bilain, parado en el umbral, detuvo a la viuda diciéndola:
—Permitid que entre primero yo solo, señora Catalina. Seria para vos demasiado penoso el espectáculo que se ofrecería a vuestros ojos. Tened presente que el pobre viejo ha muerto en el instante mismo en que acababan de cortar la pierna. ¡Es una cosa horrible!
—Os esperaré —respondió ella, estremeciéndose a pesar suyo.
Entró Bilain y, con gran sorpresa por su parte, vio al doctor Dubois y a Mateo que acababan de colocar al muerto en su cama.
Tomás no pudo menos de lanzar al médico una terrible mirada; pero éste, sin desconcertarse y mirando al joven frente a frente, le dijo:

acusado de haber asesinado a vuestro padre, y debéis saber que eso es completamente falso, porque una amputación no mata jamás por sí misma. Las consecuencias pueden, es verdad, ser mortales, porque en determinadas circunstancias suele presentarse la reabsorción purulenta y ocasionar la muerte del enfermo; pero no es este el caso en que nos encontramos respecto del pobre señor Bilain, y aquí teneis la declaración que ha firmado, antes de partir, el doctor Delaguilliere, en la cual se hace constar que vuestro padre ha muerto a consecuencia de la rotura de un aneurisma, y la prueba de que estoy completamente de acuerdo con la exactitud de esa afirmación es que voy a estampar también mi firma al pie de este documento.
Tomás, con la vista fija en el rostro del muerto, solo había escuchado de una manera vaga las palabras del médico.
Más tranquilo que en el instante que comprendió que su padre acababa de espirar, reflexionó que los médicos no podían haber tenido interés alguno en engañarle y que, en último caso, debían haber obrado de buena fé y con buen deseo.
Este razonamiento tardío, pero que no había podido hacer en el primer momento, porque el dolor le había trastornado el juicio, acabó por modificar radicalmente sus ideas.
—Os creo, M. Dubois... pero, si supierais cuánto le quería!
E inclinándose sobre el cadáver, apoyó los labios en su frente, le cerró los ojos y echó una colcha sobre sus piernas.
Luego, vertiendo copioso llanto:
—¡Gracias por haber venido, vecino! —dijo estrechando con efusión las manos a Mateo.
Y dirigiéndose a la puerta, la abrió por completo:
—¡Podeis entrar, señora Palut, —añadió— el pobrecito parece como si estuviese dormido. La viuda obedeció, hizo la señal de la cruz y se arrojó a la cabecera del muerto, donde rezó por su alma durante algunos instantes con ejemplar devoción.
Tomás, en pie, cerca de ella, seguía llorando inmóvil y silencioso, y el doctor Dubois, viendo que su presencia era completamente innecesaria, volvió a ponerse su levita y se retiró.

XI.
Ya hemos visto como Santiago Bertrand, después de haber concebido el propósito de seducir a Juana, cuando la muerte de Palut privó a la joven de su mejor protector, había llegado, merced a las circunstancias y a la intervención de Tomás Bilain, a modificar esencialmente sus proyectos, hasta el punto de ofrecer su mano a aquella misma mujer de quien había querido en un principio hacer su querida.
Seguro de ser aceptado con apresuramiento, esto es, con todos los honores debidos a su rango, a su influencia en la comarca y a los atractivos de su persona, que él, por una aberración tan inesplicable como absoluta, estimaba tan numerosos como irresistibles,



